

CRONICA DE SALVACION A LA TIERRA DE FELIPE ADAN

Allá-en la colina, hicimos el puesto. Era entonces la plenitud del día. Sobre los trigos de medio junio se desplomaba un cielo inhóspito, y el cántico reseco de las agrias cigarras del Sur levantaba la tierra.

—Mañana entraremos en el pueblo—dijo—. No han volado el puente.

Estaba todo el campo allí, enardecido por el favor de junio. Nuestra centuria, acampada bajo el olivar, apenas removía la mancha verde y próspera en el sopor macizo de la siesta. Iba el río por un lado y a otro lado estaba la montaña. Luego, frente a nosotros, yacía el pueblo, abierto por el sol en cortijos; era de bella planta cordobesa y ancho de casas blancas, que proclamaba el río mansamente. Una brisa perdida conmovió los pinares.

—No parece la guerra—dijo él.

Yo veía las calles desiertas, los caminos sin un afán, inmensamente solos bajo el cielo.

—La gente debe andar oculta en las bodegas.

Le vi mirar al pueblo con un afán extraño.

—¿Conocías esto?—le pregunté. Y sin dejar su triste lejanía, me respondió:

—Este pueblo es el mío.

Una brisa levantada del mar, pasó participando la marisma lejana que se curió en olor de mansedumbre.

—Aquella es mi casa, aquella del palomar azul. ¿Ves la torre del reloj?; pues más allá, entre aquellos dos árboles, junto a la iglesia.

Y el paisaje se acogía en su voz.

—Allí tengo mis padres, ¡Qué bien se ve la plaza desde aquí! Y la huerta del Viudo... y la terraza de Lola Ballester...! Allí estaba la fábrica de mi abuelo, donde aquellas paredes quemadas: tres días anduve oculto por las ruinas; luego me fui huyendo a los pajares. En aquella era grande que hay junto al molino mataron a Lorenzo Falcón; era el más fuerte de todos nosotros. Yo le vi pasar atado con otros en medio de la noche; delante iba don Julián Asensio. Salí por la ribera, enloquecido, y alguien disparó sobre mí:

toda mi juventud debió quedarse muerta entonces. Cuando llegué a la huerta de mi padre, los perros me ladraban también, sin conocerme...

Tenía los ojos encendidos por el recuerdo.

—No, no temas por mí; ahora somos todos más fuertes, Manuel.

* * *

El pueblo comparece con franqueza de junio en el valle. Felipe Adán ha vivido aquí sus veinte años; aquí, entre estos árboles que acaso llevan la inicial de su novia, en estas tierras levantadas de fuego. Aquella del palomar azul es su casa, y aquella es la terraza de Lola Ballester. Felipe Adán pasó toda su vida en estos campos; menos aquel verano que salió con sus padres al mar de Almería. La alameda, los huertos, el río, los granados... y la casa del Viudo, fresca para el agosto, donde todas las tardes iban a merendar los cinco amigos. A Lorenzo Falcón ya le han matado; era el más fuerte y el que más tiempo resistía nadando bajo el agua, en aquellas verdes primaveras del río. Por aquí pasó Felipe Adán sus veinte años; aquí se enamoró y se volvió a enamorar hasta tres veces, en tres eternas promesas de novio. Sus padres no quisieron nunca separarse de él; cuando estuvo en años de tomar estudios, hicieron de manera que don Andrés, el cura, le diese la lección de latín y de álgebra para que no tuviera que ir a Córdoba sino el tiempo justo del examen. Terminó el grado y su padre lo llevó a la fábrica a trabajar con él. Felipe hubiera preferido ser marino, como el cuñado de Guillermo Aguirre, pero no le dejaron ir tan lejos. Una vez vinieron al pueblo sus tíos de Cádiz. Y le hallaron hecho ya un hombre. Y le llevaron con ellos a la ciudad. Y allí pasó medio año. Y desde entonces su vida tuvo siempre una nostalgia, como un pedazo de otoño que llevara dentro. Salía por los montes a cazar, alguna tarde iba con los amigos al Casino, o a mirar a las muchachas que bajaban a la estación al paso del correo de las seis. Y así un día y otro, hasta el día que resolvió a España.

* * *

Tu pueblo, Felipe Adán, quedó del otro lado, en sombra. Unas gentes asaltaron tu casa; alguien dijo tu nombre, y tuviste que huir, de un lugar

